CARLOS V Y LA DECADENCIA DE LA CABALLERIA

POR

JEAN BABELON

La fisonomía de Carlos V, tal como nos aparece en la perspectiva histórica, lleva el aspecto de un doble semblante. No por cierto que se trate aquí de duplicidad en el sentido moral. Aquella "figura de proa", como decía el lamentado René Grousset, es la de un personaje de quien conocemos, al contrario, la firmeza en sus propósitos, la convicción inquebrantable en la corriente de una época turbada por los remolinos del espíritu. Doble semblante, sí, en el sentido de la ambigüedad física de una cara de Janus, tal como se ve en las antiguas monedas romanas. El Emperador tiene dos perfiles divergentes, el uno, que mira al pasado; el otro, que se dirige hacia el porvenir. Los documentos iconográficos que se ofrecen con abundancia a nuestro examen llevan el testimonio irrecusable de esta situación, de una gravitación que los atrae hacia dos polos opuestos.

Esta dualidad, que puede calificarse de plástica, se halla corroborada por los rasgos psicológicos que se imponen con la misma fuerza a nuestra atención. La herencia, a la vez flamenca y borgoñesa de Carlos de Gante, cuyo abolengo remonta hacia Felipe el Bueno, Carlos el Atrevido, y que se mezcla a la raza germánica del discreto Federico III, y del instable Maximiliano, por ambas partes se revelan elementos que, bien lejos de ser siempre conniventes, llevan en sí un principio de contradicción. Pero en oposición encontramos el modelo ofrecido por la nobleza, algo engreída, de los príncipes italianos, su arrogancia, la elegancia mundana acompañada de la astucia de Machiavel, es decir, el Renacimiento y su "virtú".

Por consiguiente, los dos perfiles dibujan una especie de sigla en la cual dos tendencias, en igual modo apremiantes, resumen un carácter. En primer lugar, el tipo medieval o caballeresco. La medalla de plata, muy espesa, muy abrupta, modelada por Hans Reinhart, en 1521, según el dibujo de Alberto Dürer, es la expresión misma de esta concepción. El joven Emperador, que no tiene más de veintiún años, a penas dos años después de su elección, está representado de perfil, coronado, imberbe, los rasgos de la cara rígidos e impasibles. No hay ninguna rebusca de parte del artista hacia la expresividad, apenas si el prognatismo atávico se encuentra rayado en esta efigie

que es más bien un símbolo que un verdadero retrato. La rodean escudos que llevan las armas de las ciudades alemanas, de manera que su carácter heráldico es evidente. En el reverso se ve el águila imperial desplegada.

Aquella imagen, por muy impersonal que sea, no deja de concordar con las facciones del singular personaje que fué Maximiliano, el Emperador que ya se puede llamar romántico, cuyo retrato nos dejó el medallista Hans Daucher, con una nariz aguileña, el amplio y rígido sombrero que rinde todavía más geométrica la silueta del Weisskuning, del Teuerdank, cuyo sepulcro, en Innspruck, queda vigilado por los caballeros bardados de hierro, los "Preux", los Esforzados, inmovilizados por el arte del escultor Peter Vischer. Aquella tradición germánica debía prolongarse mucho tiempo. Es sorprendente notar el lazo que une con sutiles relaciones el gran retrato pintado por Ticiano, la evocación de Carlos V en la batalla de Mühlberg, en 1547, cabalgando al galope, al salir de un bosque, la cabeza cubierta de un almete adornado de un penacho encarnado muy resuelto, por cierto, pero no sin un rasgo de gravedad o más bien de melancolía, y por otra parte, el Caballero y la de Alberto Dürer, donde la acción guerrera está velada por una meditación sin término.

Pocos años antes, el joven Rey de Francia, Carlos VIII, se enmarañaba, algo locamente, en la campaña de Italia. El era un apasionado lector de las novelas de caballería, y se consideraba como el último heredero de los Paleólogos de Constantinopla, el último de los Cruzados, y aspiraba a la monarquía universal.

En todas las artes plásticas se nota la misma incertidumbre, la misma indecisión entre la tradición medieval y el ideal clásico transmitido por la Roma pagana. La arquilla de plata de Franz de Sickingen, que se conserva en el Gabinete de medallas de París, esmeradamente cincelada, está adornada de una serie de pequeños cuadros, donde la historia antigua se mezcla a la Biblia: San Miguel luchando con el dragón, Curtius que se arroja al abismo, el rapto de Helena, Mucius Scœvola, Lucrecia, Piramo y Tisbe, Judith y Holofernes; los ejemplos de heroísmo se sacan de todos los registros, al mismo tiempo que nos enseña el platero las cazas y los torneos que son divertimientos caballerescos, así como el banquete en el cual aparecen Franz y su esposa Hedwige de Flersheim.

Del mismo modo, toda una parte de la vida de Carlos V se compone de una serie de cuadros dispuestos como las páginas miniadas de un libro de caballería, todavía gótico. Algo semejante queda en los magníficos tapices de Brujas, que se conservan en Besançon. En primer lugar, podríamos evocar el capítulo del Toisón de Oro, pre-

sidido por Carlos V en Bruselas en 1516, antes del primer viaje del Emperador a España; el recuerdo de la fundación de la Orden en Brujas, por Felipe el Bueno, en 1429; el Voto del Toisón, inspiraban todo un ceremonial por la recepción de los nuevos caballeros. El ritual borgoñés, esmeradamente observado, mantenía no sólo el texto de las palabras sacramentales, sino el simbolismo imprescindible de los adornos y el rígido formulismo de los blasones. Así nos enseña el cronista Laurent Vital los viejos caballeros vestidos de terciopelo carmesí, sus ropas arrastradas en el suelo, forradas de raso blanco, la caperuza de la misma estofa, arrojada en la espalda, el manto abrochado en la espalda derecha, bordado de hilo de oro, adornado de fusiles y de cruces de Sant'Andrea, el Toisón en el borde, en el cuello el collar de la Orden que lleva encerrado en la argolla un cordero. En larga comitiva se adelantan los señores y los gentilhombres, los heraldos, los oficiales, el tesorero, el escribano, y el que se llama "Toisón de Oro". Así llegan a Santa Gúdula. En el altar mayor está erigido un candelero grande, con treinta cirios, en el medio el del Rey.

Y es oportuno acordarnos del testamento de Carlos V, que se redactó en Brujas en 1522: "Si en la hora de nuestro fallecimiento, nuestro ducado de Borgoña se encontrara en nuestra obediencia, queremos nuestro cuerpo sea ensepultado en la iglesia conventual de los Cartujos, en nuestra ciudad de Dijon, en el dicho ducado de Borgoña, cerca de los cuerpos de nuestros antecesores, Felipe dicho el Atrevido; Juan, su hijo, y Felipe, dicho el Bueno, en su vida duques de Borgoña." La Cartuja de Champmol, que saca su gloria del famoso Pozo de Moisés, obra del escultor flamenco Claus Sluter, tal era por el joven Emperador de veintidós años, el fin soñado de su carrera de príncipe feudal.

Esta manera de liturgia del "Sagrado Imperio Romano Germánico", del cual se burló Voltaire, mantuvo sus ritos mucho tiempo. No menos de doscientos cincuenta años después de la elección de 1519, el 3 de abril de 1764, la coronación de José II como Rey de los Romanos en Franfurt, se celebraba con comitivas no sólo brillantes, sino rigurosamente ordenadas en cuanto a las precedencias y el formalismo de todas las actitudes. Todos los asistentes recordaban la coronación del Emperador Francisco I, y el joven Goethe presenciaba, en la Sala del Römer, en medio de su arcaica decoración una ceremonia de la cual conocía perfectamente el sentido esotérico. En lo que nos cuenta en sus memorias. "Dichtung und Wahrheit", y su entusiasmo nos hace olvidar que del secular orgullo ya no quedaba más que un fantasma fuera del tiempo.

Del mismo modo las crónicas contemporáneas han transmitido el recuerdo exacto de los viajes del Emperador. En la peroración del discurso de la abdicación, en Bruselas, en 1556, Carlos V los rememora en una solemne estadística, de la cual saca gloria, no vana gloria por cierto, sino con una emoción sin fanfarronada. Y quien hablara con la misma humilde dignidad de su vida pasada, de sus hazañas dedicadas también a la gloria, sino Don Quijote en su casa de moribundo. La comparación de los dos textos revela la convivencia de un pensamiento que acaba su curso no en la desesperación, pero sí en el desengaño, el "perfecto desengaño". No más que al caballero andante fué dado a Carlos V imponer al mundo una idea que quizás fué su locura, tan imposible como la República de Platón o bien la Utopía de Thomas Moro.

Se oye en ambos casos el mismo sonido. He aquí Carlos V: "Señores, yo sé bien que en mi tiempo he hecho grandes faltas, así por mi poca edad y por negligencia, como de otra manera, pero bien puedo cercioraros que nunca hice fuerza, agravio o violencia a ninguno a sabiendas..., si lo he hecho, fué a pesar mío, lo siento y pido perdón." A lo cual hacen eco las últimas palabras de Don Quijote: "Perdóname, amigo, la ocasión que te he dado de parecer loco como yo, haciéndote caer en el error en que yo he caído de que hubo y hay caballeros andantes en el mundo..." Y poco después: "Yo fuí loco y ya soy cuerdo, yo fuí Don Quijote de la Mancha, y soy agora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno; pueda con vuestras mercedes mi arrepentimiento y mi verdad volverme a la estimación que de mí se tenía..."

Caballero andante, hace falta insistir en esta palabra. No es en vano, ni en un arranque de elocuencia que Carlos V habla de sus viajes. Las andanzas son lo propio del caballero que camina de tierra en tierra, sin otorgarse la tregua de una duradera estancia, en busca de agravios que le obliga a enderezar un juramento sellado por un golpe de espada. No es sedentario Carlos V, porque le lleva la misma inquietud que al héroe de Cervantes. El descanso es un fin que no se consigue sino por la muerte o la abdicación de un hombre cuyas fuerzas son agotadas, el retiro de Yuste, no cuando se rompen los muelles del cuerpo, sino los del alma.

Aquella analogía del Emperador y del Caballero bien la conocía ya Cervantes, que manifiesta su admiración por el César Carlos, al paso que no deja de mostrar no sé qué de frialdad acerca de Felipe II. El auto de fe que celebra el cura en la casa de Don Quijote se acompaña de algunas reticencias bien significativas: "Y así se cree que fueron al fuego sin ser vistos ni oídos, La Carolea y León de España, con los hechos del Emperador, compuestos por don Luis Zapata, que sin

duda debían de estar entre los que quedaban, y quizás, si el Cura los viera, no pasaran por tan rigurosa sentencia."

El ideal caballeresco, Carlos V lo ha transmitido a su otro hijo hijo, aquel muchacho que pudo ver dando brincos en los jardines de Yuste, aquel heredero más de su corazón que Felipe II, y que fué el vencedor de Lepanto, él que se llamó "el último caballero de Europa".

Pero el Emperador, en el curso de su política mundial pudo observar la deformación de aquel ideal en la Alemania todavía gótica, donde la caballería se mudaba en bandolerismo, Franz de Sickingen, Goetz de Berlichingen, a despecho de sus abusos, se consideraban como enderezadores de agravios, y si en su anarquía se vuelven contra los príncipes, contra las ciudades, contra los prelados, es porque llevan en sí mismo algo semejante a la independencia de Don Quijote, cuando, muy atrevidamente, libera a los galeotes. La guerra civil en Alemania está conducida por los que se pretenden caballeros. Sin embargo, Goetz, que acabará su vida en el servicio de Carlos V, reconoció en el Emperador el hombre a propósito para comprender el quijotismo, del cual sacó su inspiración, redactando sus memorias.

Ideal caballeresco todavía, lo que guió las concepciones de Carlos V cuando tomó sobre sí la carga del poder imperial, en plena conciencia, después de su elección en Francfurt, en 1519. Así, en consecuencia de la misma dualidad, se sucedieron a su lado dos ministros: François de Chiévres y Mercurino de Gattinara, el primero, mantenedor de las tradiciones medievales, con todo lo que significa en el orden político, en particular la reivindicación de la Borgoña; el segundo, adversario de las mismas concepciones, para fomentar una política mundial más realista.

Es preciso considerar en la coyuntura histórica diversas corrientes, en apariencia inconciliables: la relajación de los lazos monárquicos, la Reforma y sus consecuencias, el acrecentamiento de la potencia de los príncipes y de las ciudades del Imperio, el empobrecimiento de la pequeña nobleza, las guerras civiles, el bandolerismo, los levantamientos de los labradores; en la misma España las resultas de la rebelión de los comuneros, después de la unificación iniciada por los Reyes Católicos. A todo lo cual hay que añadir la revolución realizada por una nueva técnica de la guerra, el papel cada día más importante de la artillería, la artillería de Galiot de Genouillac, que triunfa en Marignan. La pólvora... en un muy serio coloquio con Sancho Panza, Don Quijote subraya el escándalo en él causado por aquella diabólica invención, que por poco acabaría con el valor y aún el honor de los caballeros de antaño.

Don Ramón Menéndez Pidal recordaba la declaración del doctor

Mota en las Cortes de 1520, en la Coruña, en la cual el Emperador se considera como el Rey de los Reyes, y se evocan los ejemplos de Trajano, Adriano y Teodosio. La historia de la Reconquista interviene aquí como un factor de cristalización. Alfonso VIII, en 1111 tomó el título de "Imperator" en una época en la cual toda España aparecía como una entidad, remontando hasta el rey Pelayo. Según Antonio de Guevara, el Emperador ha de ser un nuevo monarca, señor del mundo entero, y su divisa será: "Parcere subjetis et debellare su perbos". Por Alfonso de Valdés el Emperador es el campeón de Europa. Erasmo y Luis Vives sostienen esta ilusión, que será la de todos los humanistas. Don José Antonio Maravall nos habla, por su parte, de la tarea que se impone Carlos V: hacer de España el sostén del Imperio, iniciando una reforma de la Cristiandad.

Así se yergue el personaje que quiere ser Carlos V, definido por Walther Tristch de esta manera: "Lo que Carlos V funda en España, por su actitud y su manera de vivir, es un tipo de hombre voluntario, firme, algo soñador, algo quimérico, que por altanería rechaza todo compromiso, porque sus ideas le parecen más reales que la realidad cotidiana, aquel tipo que no descansara hasta transformar la realidad en lo que cree ser la voluntad de Dios. ¿No se define en estas palabras la silueta de Don Quijote?" Gayangos hacía notar que precisamente en la época de las empresas guerreras de Carlos V se difundían en España los libros de caballería. Es preciso reconocer que el carácter de Carlos V mantuvo lo que se conservaba en ellos de la antigua nobleza. En el momento donde se celebraban las sesiones del Concilio de Trento el mismo Calvino escribía a propósito del Emperador: "Nunca faltó a su palabra, a pesar de todas las inverosímiles intrigas por las cuales aquel Satanás de Papa se esfuerza en estrecharle." Por cierto, este es el juicio de un hereje que se alegra de encontrar un apoyo en las contiendas políticas que opone Carlos V a Clemente VII, y después a Pablo IV. Pero aunque el saco de Roma apareció a muchos como el castigo infligido por Dios a la Nueva Babilonia, bien sabemos que el Emperador se espantó de las barbaridades cometidas, por orden, aunque a pesar suyo, de los lansquenetes en 1527.

Uno de sus libros preferidos era "Le Chevalier déliberé", de Olivier de la Marche, y es más bien un desafío de hombre a hombre que una declaración de guerra que dirige a su contrincante, en 1526; pero Francisco I se niega a acudir al campo cerrado. En efecto, la caballerosidad de Carlos V es desde aquel tiempo arcaica e inactual. Lo que le da su peculiar relieve es todo lo que la rechaza y echa fuera de una sociedad en adelante constituída sobre otras bases. La Francia

en primer lugar, declara su discordancia. Carlos V se apoya todavía en el juramento prestado sobre el Evangelio, después de oír misa. No le sigue en este terreno Francisco I..., ni el Papa tampoco.

De Italia vienen las corrientes que modificarán la fisonomía de Carlos V. Comparécense a los retratos alemanes o flamencos las medallas de la escuela milanesa, las que firmó Leone Leoni. La del Emperador se coloca en una serie de efigies llenas de elegancia y de dignidad. La modelación de la cara adolece de una cierta frialdad, y no se encuentra en ella la indagación psicológica de los últimos retratos pintados por Ticiano, el Carlos V a caballo, o más bien el Carlos sentado, donde el Emperador aparece ensimismado, entregado a la austera meditación de un hombre que saborea el desengaño. Pero aquella medalla hecha por mera ostentación tiene un valor muy notable, por eso mismo que en su convencionalismo se muestra desprendida del rigor simbólico del tema heráldico, y por consiguiente caballeresco, abolido por el humanismo del Renacimiento.

Al lado de Carlos V, un personaje ostenta la encarnación del nuevo concepto del poder, de una nueva técnica del gobierno: es el heredero, Felipe II, el Rey prudente, un hombre de despacho, un covachuelista, taciturno y sedentario, acaparado por una incesante labor, registrando las relaciones, escribiendo sus notas en el margen: "Ojo". Firme también en su propósito, pero la pluma en la mano más bien que la espada. Nada más significativo para señalar la rotura que se hizo en aquella coyuntura que la desavenencia de Carlos V cuando fué enterado de la victoria de San Quintín, en 1557, en la víspera de su muerte: "¡El Rey no estaba en el frente de sus tercios!" Este será el último tormento del Caballero andante, en Yuste; éste fué el golpe de gracia, cuando se dió cuenta de que los tiempos eran cumplidos.

Jean Babelon.
21, rue Saint Guillaume.
PARIS, VII^{e}